

332 - Alumbado eléctrico G.T.F.

APUNTES

— 16 —

25 de Agosto de 1934

Director:
Eliás Jiménez Rojas



San José de Costa Rica - Apartado 230

Progreso

—Por más que digas, abuelito, los deportes nos hacen propaganda en el extranjero.

—¡Ajá! Para esta propaganda, antes no teníamos más que a los Voltaire, a los Hugo, a los Balzac.

L'Illustration. 21 de julio 1934.

APUNTES

16

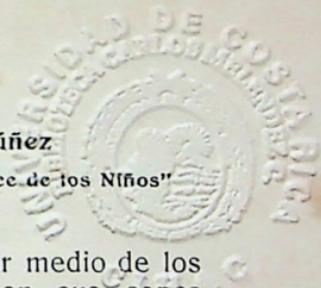
25 de Agosto de 1934

Eugenesia

Por el Dr. Ricardo Jiménez Núñez

(Notas entresacadas del libro "Higiene al alcance de los Niños"
del mismo autor.)

La corteza terrestre nos enseña, por medio de los restos orgánicos o fósiles sepultados en sus capas sedimentarias, que todas las especies vivientes, plantas y animales, que existen hoy, no son lo que fueron antes; han ido cambiando de forma, de aspecto, de aptitudes, de cualidades. Las especies primitivas eran casi siempre más toscas, más grandes, menos finas; los animales eran de un aspecto monstruoso; los hombres eran más salvajes, menos humanos, arrastraban una existencia miserable, viviendo en cuevas, en lucha perpetua con la desencadenada Naturaleza y con sus semejantes. En los museos de todos los países civilizados existen ejemplares auténticos de seres desaparecidos, de las edades que ya pasaron, que nos enseñan cómo se ha ido desenvolviendo la escala de los seres. El iguanodón era una lagartija gigantesca de más de ocho metros de longitud; el mastodonte era un elefante de gran tamaño armado con cuatro colmillos; nuestro inteligente caballo, fue en los tiempos prehistóricos un animal inferior, del tamaño de un perro, con cinco dedos en



sus patas anteriores y tres en las posteriores; con el transcurso de los siglos, el caballo ha aumentado de corpulencia y velocidad, y sus dedos débiles se han convertido en el fuerte casco que posee el actual. Las aves de dulce canto y hermoso plumaje que hoy se ciernen en el azul del cielo, fueron en un tiempo repugnantes reptiles. En épocas muy remotas, los helechos parecían árboles por su corpulencia y altura.

Así como las especies de hoy difieren tanto de las que les dieron origen, así las especies venideras se diferenciarán de las especies actuales, porque nada nos indica que la naturaleza haya puesto punto final a su obra, siempre potente y creadora.

Estas transformaciones de los seres vivientes que ocurren sin cesar bajo el impulso de las fuerzas de la Naturaleza, se conocen en la ciencia con el nombre de *Evolución*.

La evolución es la resultante de cuatro grandes factores: *variación, adaptación, selección y herencia*.

Todos los seres varían con respecto a sus antepasados; todos los seres producen descendientes que no son idénticos a sus padres; heredan los caracteres de la especie, pero difieren en cuanto a los caracteres individuales.

Es esta individualidad la que constituye la *variación*, que es la base de la evolución.

Si esta variación no se *adapta* al medio ambiente, la Naturaleza *suprime* al individuo.

Pero si la variación está en armonía con los agentes que la rodean, la naturaleza *selecciona* a los seres sobrevivientes.

Por último, el individuo procrea y transmite a sus descendientes, por medio de la *herencia*, las cualidades que le valieron la supervivencia.

La resultante final de la evolución es el progreso.

En plantas y animales, la Naturaleza crea incesantemente nuevos tipos, nuevos individuos, cada vez mejor adaptados al medio en que viven. Como consecuencia, los seres mejor adaptados sobreviven, en detrimento de los menos conformados, que perecen. De este modo la Naturaleza opera una verdadera *selección natural*, que elimina de la reproducción a los mal dotados y no conserva sino a los más aptos y fuertes. *La supervivencia del más fuerte o del mejor adaptado al medio ambiente es la ley de la evolución de las plantas y de los animales inferiores.*

Cuando en la elección de los reproductores vegetales y animales interviene el hombre, la selección toma el nombre de *selección artificial* y ella es el medio más eficaz para elevar esos seres a un grado de perfección a veces prodigioso. ⁽¹⁾

Mientras que el mejoramiento de las especies por selección natural es excesivamente lento, como todos los procesos de la Naturaleza, abarcando períodos de muchos siglos, la selección artificial produce efectos rapidísimos y está dando, al menos aparentemente, magníficos resultados en la agricultura y en el me-

(1) «Conviene advertir que la palabra *perfección* no tiene el mismo valor cuando se habla de selección artificial que cuando se habla de selección natural. Cuando el hombre interviene, su interés personal suele no coincidir con el mejoramiento verdadero de las cosas. La mayor vitalidad, característica de todo progreso biológico, no se descubre siempre en los mejoramientos rápidos que el hombre realiza.» E. J. R.

joramiento del ganado vacuno, caballar, bovino, etc. En ciertos países se han establecido libros genealógicos para garantizar, a los que se dedican a la crianza de animales, la pureza de raza y las cualidades de los reproductores; en ellos se inscriben la descendencia y las particularidades que le caracterizan; lo que se llama el *pedigree*.

En nuestras manos está alterar los frutos y las flores, mudar su fragancia y su color, producir frutas desconocidas y mejorar las existentes. La fresa cultivada es fruta mucho mejor que su antecesora la fresa silvestre. La variedad de orquídeas, gloccíneas, dalias, claveles, etc., que embellecen nuestros jardines, es el resultado de una selección artificial. Con los adelantos de la ciencia agrícola, podemos aumentar los productos de la tierra, no tanto aumentando la potencia de los medios de trabajo o los agentes fertilizantes, como aumentando, por selección, las aptitudes productoras de las especies. El buen agricultor no escoge sus semillas en las bodegas o trojes, sino en el campo mismo, tomándolas de las plantas más lozanas y más productivas.

Estas producciones asombrosas se han logrado obtener no solamente seleccionando semillas, sino también por medio del *cruzamiento* o *polinización artificial*. Por polinización se entiende el transporte del polen de una flor a otra. No habrá quien no sepa que el pistilo es el órgano femenino de la flor que contiene el rudimento de la semilla, y que los estambres son sus órganos masculinos que encierran en sus extremos superiores unas bolsitas llenas de polen. El viento y muchos insectos, especialmente la abeja, acarrear el polen del estambre al pistilo, en donde se pone en contacto con los huevecillos del ovario y los transforma en semillas.

Cuando el hombre desea mejorar las especies u obtener variedades nuevas de plantas, recoge con un pincelito el polen de una flor privilegiada y lo coloca sobre el pistilo de otra flor de la misma especie; luégo corta los estambres de esta última flor y la cubre con una funda de papel, de modo que no pueda recibir otro polen por el viento o los insectos. Cuando la semilla se ha formado, se la siembra y el resultado son flores que tienen algo de las dos que han intervenido en la formación de la semilla. Así es como se han obtenido numerosas especies nuevas de ciruelas, manzanas, cerezas, rosas, etc.

Dedicado a esta clase de labores, el fraile austriaco Juan Gregorio Mendel descubrió en 1865 su famosa teoría, llamada después *Mendelismo* por los biólogos modernos, que tiene por base *la ley de la herencia, en virtud de la cual los reproductores transmiten a sus descendientes, con más o menos certeza, sus caracteres propios.*

El Mendelismo puede resumirse en las siguientes leyes:

Si dos razas que se cruzan se diferencian en sus cualidades individuales, sus descendientes, que llamaremos híbridos o mestizos, muestran todos el carácter de uno de los dos progenitores solamente, y ese carácter se llama dominante, mientras que el otro, aparentemente desaparecido, pues no se manifiesta aunque existe en estado latente, se llama recesivo.

En la segunda generación de mestizos, cada una de las dos cualidades de los abuelos aparecerá en la siguiente proporción: las cualidades dominantes en un 75% y las recesivas en un 25%, es decir en la relación de 3 a 1.

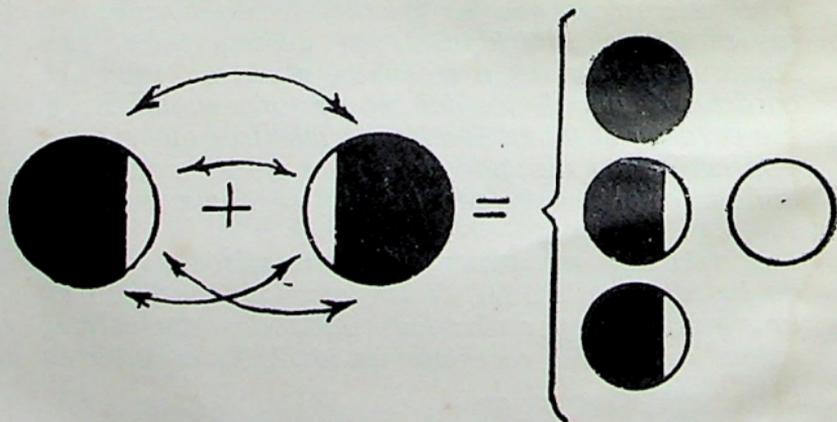
De las 75 variedades que poseen las cualidades dominantes, 25 son puras y continúan produciendo variedades puras y 50 son mixtas cuya progeñie consistirá en dominantes puras, dominantes mixtas y recesivas.

Voy a ilustrar esas leyes por medio de una representación gráfica y de unos ejemplos:

PRIMERA GENERACIÓN (cruzamiento entre un elemento blanco y uno negro):



SEGUNDA GENERACIÓN (cruzamiento entre dos mestizos). Resultan 3 negros por 1 blanco. De los 3 negros, uno es puro y dos son mestizos:



Mendel hizo un cruzamiento entre la flor del guisante alto y la del guisante pequeño, llevando polen de la primera al pistilo de la segunda. Sembró luego las semillas así obtenidas, que resultaron todas de la variedad alta, por ser ésta la dominante. Por último sembró esta generación de semillas altas y las flores de las plantas resultantes autofecundadas dieron semillas que produjeron tres plantas altas por cada una de la variedad pequeña.

Si cruzamos razas puras de gallinas negras con blancas, dan una primera generación de gallinas negras híbridas; pero si cruzamos entre sí a dos individuos de estas primeras generaciones, aparecerán los caracteres recesivos en la proporción de un 25%, es decir, una gallina blanca por cada tres negras. De las tres negras, una es pura y dos son híbridas.

Las leyes de Mendel no recibieron la atención que merecían sino hasta muchos años después de formuladas, gracias a las investigaciones de los hombres de ciencia que encontraron en el núcleo de las células germinativas la sustancia portadora de los caracteres hereditarios. Esa sustancia, que vista al microscopio tiene la forma de un ovillo de hilo, se conoce con el nombre de *cromatina*, llamada así por su propiedad de teñirse fácilmente con sustancias colorantes. *En ella reside el misterio de la herencia; en ella debe estar contenida la individualidad paterna y materna.* La herencia no es más que un fenómeno de proliferación del núcleo celular.

En el cruzamiento de dos individuos para formar un sér nuevo, el núcleo de la célula reproductora proveniente del elemento femenino (óvulo) se mezcla con el núcleo de la célula reproductora del elemento

masculino (espermatozoide), para formar una sola célula (huevo) con los caracteres hereditarios de ambos individuos. Efectuada esa unión, la célula fecundada recibe, como si dijéramos, un nuevo soplo de vida, comienza a crecer, el filamento del núcleo o cromatina se fragmenta en un número invariable de pedacitos llamados ahora *cromosomas*.

Cada cromosoma se raja en dos mitades longitudinales y matemáticamente iguales, y es así como se divide la célula en dos, cuatro, etc., hasta formar primero el cuerpo embrionario, y finalmente todas las partes que han de integrar el organismo del nuevo sér.

Siendo ley admitida en biología que el número de cromosomas sea *constante* en todas las células para cada especie animal o vegetal (6 en el mosquito cúlex, 16 en la rata, 24 en la rana, 48 en el hombre, etc.), al fusionarse el óvulo y el espermatozoide resultaría que en las células del nuevo sér existiría doble cantidad de cromosomas, fenómeno que se iría repitiendo en las generaciones sucesivas, resultando entonces un individuo distinto de sus padres; pero no sucede así, porque la cantidad de cromatina en las células sexuales maduras *se reduce a la mitad* para que al fundirse los dos núcleos se complete el número normal de cromosomas característico para la especie. Este procedimiento biológico permite que las células hijas se parezcan aproximadamente, por igual, a sus dos progenitores.

Las leyes de Mendel explican muchos hechos de esposos de pelo negro y ojos negros que tienen hijos rubios y de ojos azules; la maledicencia y la ignorancia en estos asuntos biológicos tildan, injustamente, a esos hijos de adulterinos, o *contrabandos*, como de-

cidos vulgarmente. Entre los sordo-mudos no es infrecuente ver que el defecto procede de los abuelos no presentándolo los padres. Las cualidades intelectuales del abuelo pueden reaparecer en el nieto. Las enfermedades pueden así mismo saltar una generación, como sucede en la tuberculosis, la lepra, la gota y varias neurosis. Este hecho es de suma importancia para el médico por dar la clave de muchos problemas clínicos. Un individuo, cuyos antecesores han sido víctimas de la tuberculosis y que, por adoptar una vida higiénica, se ha escapado de ella, no por eso está exento de transmitirla a sus hijos.

Hasta hace poco tiempo, se tenía, como dogma irrefutable, que la tuberculosis no es hereditaria y que el contagio desempeña el papel principal en la propagación de la enfermedad y se aseguraba que el contagio se podía evitar sustrayendo al niño recién nacido del ambiente de sus padres tuberculosos. Todos los médicos creíamos haber comprobado esa contagiosidad por las historias clínicas de los enfermos: contagio conyugal, contagio en los recién nacidos, vecindad de un compañero tísico en la oficina o taller en que trabajaba el enfermo, permanencia en una vivienda ocupada antes por un tísico, contagio por una criada, etc. Pero las experiencias de laboratorio del célebre biólogo Augusto Lumière, han dado al traste con esas observaciones clínicas, que para nosotros eran una verdad sencilla y pura, pero para el sabio francés son simples eventualidades que se producen en virtud de la extrema frecuencia de la tuberculosis. No hay un individuo adulto, que en el transcurso de su existencia no se haya encontrado millares de veces en contacto con personas que expectoraban el fatal bacilo.

Lumière niega, enfáticamente, que los hijos de

padres tuberculosos nazcan indemnes y afirma que no basta combatir al microbio patógeno para vencer la enfermedad como se han vencido el cólera, la difteria, la fiebre amarilla y muchas otras enfermedades contagiosas. El demuestra que, sean cuales fueren las precauciones tomadas, los hijos de padres infectados, también enferman, después de un período de incubación, necesario para la transformación en bacilos patógenos del *virus filtrante* y otros elementos desintegrados del bacilo de Koch que entraron al niño al través de la placenta. Asimismo comprueba que en las familias cuyos ascendientes estuvieron indemnes de toda tacha tuberculosa, la enfermedad no aparece en los hijos sean cuales fueren las condiciones en que se hallen, y cita entre los ejemplos a los tisiólogos, que, a menos que sean de familia tuberculosa, nunca son contaminados por los enfermos que visitan, *y a los cónyuges de tuberculosos, que, siempre que procedan de ascendencia indemne, escapan invariablemente a la contaminación a pesar de la más completa promiscuidad con el otro cónyuge expectorador de bacilos.* Yo no sé hasta qué punto habremos de dar crédito a las asombrosas manifestaciones del sabio francés, pero lo cierto es que el problema de la herencia tuberculosa se halla de nuevo en el tapete, sobre todo después de conocer mejor la morfología del bacilo de Koch, cuya forma clásica no es sino un aspecto de su ciclo evolutivo, pues se presentan formas diversas entre las cuales están las filtrantes.

La herencia tuberculosa fue sostenida durante 23 centurias, desde Hipócrates hasta el descubrimiento del gran mundo microbiano por Pasteur, a fines del siglo pasado. El aforismo del médico griego: «El tísico nace de otro tísico», fue sustituido por este otro:

«No se nace tuberculoso, sino que se adquiere la enfermedad». La tuberculosis deja, bruscamente, de ser hereditaria para convertirse en contagiosa. Con una expresión vaga —la de *predisposición hereditaria*— se calman los escrúpulos de quienes todavía piensan en la herencia tuberculosa. Koch descubre luego su famoso bacilo y el mundo entero le emprende furibunda guerra a muerte. Pero el enemigo no ha sido derrotado; todo lo contrario, como que se refuerza.

Siempre hemos afirmado que la profilaxis de la tuberculosis se reduce a *proteger al sano, aislar al enfermo y atacar al bacilo*, pero si Lumière está en lo cierto, habrá que buscar otros medios, además, para librarnos de la peste blanca.

Sea hereditaria o no, la tuberculosis es, a su debido tiempo, una enfermedad completamente curable, hoy día que contamos con valiosos medios para reconocerla y tratarla: microscopio, rayos X, cuti-reacciones, cirugía torácica, rayos ultra violetas, agentes terapéuticos, sanatorios, clínicas infantiles, dispensarios, colonias veraniegas, educación física, deporte, etc.

Con respecto a la sífilis y al alcoholismo, se puede asegurar que se transmiten por herencia indefinida y son causa de la degeneración de la especie y de la *gran mortalidad infantil*; el número de niños nacidos muertos, deformes o prematuramente, por esas causas, es crecido.

No hay exageración alguna al afirmar que somos la resultante de las particularidades que distinguen a nuestros progenitores. De ellos recibimos, por herencia, y de acuerdo con el mendelismo, todos los *caracteres físicos* de su propio organismo, como son el color, la estatura, el timbre de la voz, la manera

de andar; los defectos orgánicos como los lunares, el bocio, la calvicie, el tartamudeo, etc. De ellos podemos recibir, también, *caracteres mentales*, como la memoria, la habilidad artística o literaria, la elocuencia, habilidad inventiva, disposición humorística, facilidad para lenguas, matemáticas, etc.; las enfermedades cerebrales, como la epilepsia, la insanidad, la idiotez. La capacidad mental es cualidad dominante, la incapacidad mental es recesiva. Los hijos de matrimonios entre personas inteligentes y personas de capacidad mental deficiente, serán aparentemente normales; sin embargo, en la segunda generación podrá resultar un idiota por cada tres individuos normales. Entre los *caracteres de orden moral* que pueden perpetuarse por herencia, merecen citarse la piedad, la independencia, la jovialidad, la hospitalidad, la generosidad, la perseverancia, la temperancia, el orden, la avaricia, la criminalidad, la mentira, la superstición, la vanidad, la crueldad, etc.

Explicado ya de un modo más o menos claro lo que entendemos por herencia, veamos ahora de qué modo este conocimiento puede tener aplicación al mejoramiento de la raza humana. La ciencia que trata de estos problemas se llama *Eugenesia*, que etimológicamente quiere decir *procreación de buena calidad*.

Las preocupaciones eugenésicas se remontan a los tiempos antiguos. Los hebreos conocían las consecuencias de los matrimonios consanguíneos entre parientes muy cercanos y por lo tanto la ley de Moisés los prohibía. Las leyes hebraicas se oponían también al casamiento de epilépticos, leprosos, tuberculosos y alcohólicos. Pero fue en la antigua Grecia en donde existieron las nociones más avanzadas de *Eugenesia*. A los griegos les era familiar la acción funesta del alcohol sobre las células reproductoras.

Hipócrates fue uno de los primeros que trató del efecto morboso de la embriaguez sobre la concepción. Licurgo hace embriagar públicamente a los ilotas a fin de inspirar a los niños espartanos el horror por el alcohol. A los seres defectuosos los arrojaban por un despeñadero y practicaron de este modo una selección, que produjo en su raza, un especial perfeccionamiento físico. Con puntos de vista esencialmente eugénicos, Hipócrates aconseja que la mujer en cinta lleve una existencia tranquila, agradable y activa, exenta de toda fatiga y exceso. Ese mismo sabio escribía como un evangelio: «El tísico nace del tísico». Platón sostuvo la conveniencia de que el Estado regulara las uniones en beneficio de los intereses generales, debiendo estar facultado para elegir a los hombres más sanos y las mujeres más hermosas y fuertes para la obtención de hijos seleccionados.

Con idénticos propósitos fue aplicada modernamente la esterilización, por intervención quirúrgica, de los degenerados o de los expuestos a procrear seres enfermos o deformes. Pero esa medida eugénica, cuya aplicación repugna a nuestros sentimientos, ha sido fuertemente combatida en nombre de la caridad y la fraternidad humanas.

El principio de la selección de los mejores reproductores que aplicado a la crianza de animales o a la producción de plantas, ha mejorado las razas de una manera asombrosa, produciría el mismo efecto si se aplicara a la especie humana. Como esto no es posible, *el hombre debe selectarse a sí mismo*, haciendo matrimonios guiados por la razón y el deber y no por la pasión ciega, que debe sacrificarse, si fuere necesario. Solamente por medio de una selección voluntaria, de un sacrificio voluntario de úno

mismo, lograrían las sociedades alcanzar rápidamente un alto grado de perfeccionamiento.

La Eugenesia no se ocupa únicamente del perfeccionamiento físico del individuo, ni aconseja la destrucción de los seres defectuosos practicada por los espartanos, ni elimina a los mal dotados y débiles en favor de los fuertes, como lo hace la Naturaleza, ni exige tampoco matrimonios forzosos por la ley, como lo practican algunas tribus salvajes (endogamia), ni propone ningún medio violento e inhumano para producir razas perfectas.

La Eugenesia no espera mejorar la raza en un día, sino en varias generaciones, mostrando cuáles individuos deberían perpetuar la especie y cuáles nó. La Eugenesia no es revolucionaria, tiene fe en la ciencia de la experimentación biológica, cree en la evolución, en la herencia como factor supremo para cambiar y mejorar la humanidad. Su programa podría resumirse de la manera siguiente:

«Una porción más elevada de hombres superiores deberá tener más descendencia; las personas inferiores deberían tener menos hijos; y las personas imposibilitadas, los imbéciles, los enfermos, los viciosos, los que tienen alguna tara capaz de afectar a los hijos, deberían voluntariamente renunciar al matrimonio.»

Los errores de la civilización han modificado el proceso de la selección natural y le han dado a la educación una exagerada importancia como agente de perfeccionamiento. El medio ambiente tiene mucho menos valor en el hombre que en los animales inferiores. *La superioridad es casi siempre cuestión de raza.* La raza actual está degenerando a pasos

gigantescos; al lado de la evolución progresiva de los seres, vemos surgir fenómenos de vuelta hacia atrás, de regresión a los tiempos primitivos. *Las razas superiores de hombres se van extinguiendo* porque, como concedores de todos los procedimientos anticoncepcionales, lejos de aumentar su descendencia, la limitan considerablemente por razones económicas y sociales. En cambio, *los individuos inferiores viven y se multiplican a sus anchas, sin control ninguno.* (1)

La Eugenesia se propone analizar los caracteres físicos, mentales, morales y patológicos del individuo y los de sus progenitores y presentar las cualidades dominantes, buenas y malas, y las recesivas o menos fáciles de perpetuarse, para que sirvan de guía a las personas que en lo sucesivo quieran efectuar uniones más de acuerdo con la razón y la ciencia.

Al formar un hogar, muy pocos estudian esta importante cuestión biológica. En las uniones entre personas racionales preside casi siempre el amor ciego, algunas veces el capricho, el interés y aun la sensualidad y el vicio; se confía, como ya he dicho, demasiado en la educación y el medio ambiente. ¡Cuántas niñas enamoradas de hombres viciosos o de mala raza, desoyen la voz de su razón y los con-

(1) En un artículo que trata de este asunto, dice don Elías Jiménez Rojas: «La Eugenesia en manos del Estado se hace pedazos. La ley de la selección natural se cumple necesariamente, querámoslo o no; pero lo más cuerdo para nosotros, personalmente, es ponernos de su lado y no estorbarla. La campaña contra la natalidad erróneamente restringida es más interesante que la campaña contra la natalidad malsana. La selección natural se encarga de barrer con lo que no sirve. Lo que hay que pedirle al Estado es que no aplaste a los buenos o sanos con el peso muerto de los enfermos.

La condición de la selección es la multiplicación. Hay que dirigirse particularmente a las mujeres y hacerles comprender que su ventura está en la maternidad. La influencia moral y fisiológica de la maternidad compensa ampliamente las aflicciones que puedan ser debidas al quebranto requerido por las gestaciones y los quehaceres domésticos.»

sejos de sus padres, confiando ellas poder educar, en la intimidad del hogar, al que es objeto de su cariño! El hombre vicioso y malo se mostrará casi siempre tal como es, obedecerá a sus impulsos y a sus caracteres, sea cual fuere el esfuerzo desplegado por su esposa para corregirlo.

Si aspiramos a constituir una familia robusta, sana, elevada de espíritu y de buen fondo moral, debemos prestar a esta cuestión eugenésica la atención que ella merece. Hay que estudiar los caracteres, las virtudes o los vicios de las familias con quienes tratamos de unirnos, con un criterio eugenésico, y escoger si fuere posible los caracteres más nobles y los más contrarios a nuestras debilidades peculiares. Los individuos que traen herencia alcohólica buscarán familias cuya historia genealógica se distinga por la temperancia; los débiles físicamente buscarán elementos robustos y fuertes; los de mentalidad deficiente escogerán elementos de elevada potencia intelectual; las personas de carácter iracundo necesitan unirse a las de carácter y modales benignos.

ESTÁN INCAPACITADAS PARA EL MATRIMONIO todas las personas atacadas de enfermedades infecciosas directamente transmisibles o que de algún modo disminuyan la resistencia vital, como son los leprosos, tuberculosos, epilépticos, sífilíticos, locos, idiotas; los atacados de alcoholismo crónico; los criminales y los que pueden perpetuar sus defectos físicos, como los sordo-mudos, los cretinos, etc.

En los tiempos antiguos, el criminal era rápidamente ejecutado; hoy día, al criminal se le devuelve la libertad después de cumplida su condena y de esa manera llega a ser padre de una familia. Hablamos de nuestros países.

La naturaleza misma nos da la norma a seguir en la aplicación práctica de estos principios: los hijos de sífilíticos mueren o antes o después de nacer; los de tuberculosos son débiles, mal nutridos y algunas veces mueren prematuramente; la fecundidad se extingue entre los libertinos; las mujeres que comercian con su cuerpo son casi siempre estériles. Y nosotros, lejos de seguir la ley de la Naturaleza, la contraríamos, conservando artificialmente todo lo que habría sucumbido bajo su sola influencia. En un libro de Augusto Forel, titulado «La cuestión sexual», leemos lo siguiente: «Construir muchos hospitales, asilos de locos, idiotas o incurables, o casas de corrección, es sin duda muy bella cosa, que habla muy alto del progreso y del desarrollo de los sentimientos humanos; pero no se olvide que al ocuparnos exclusivamente de las ruinas humanas, producto de los abusos sociales, se gastan y se consumen poco a poco las fuerzas de la porción sana y trabajadora de la población. Atacando el mal por su raíz y preparando un término a la procreación de degenerados de alma y cuerpo, se hace una obra humanitaria mucho mejor y más hermosa, aunque ella salte menos a la vista o impresione menos a la muchedumbre.»

El espíritu de estas palabras citadas es el mío, pero nó su letra. Los asilos de locos, idiotas e incurables y las casas de corrección constituyen *verdaderos centros de aislamiento* y concurren así a la obra contra la procreación de degenerados de alma y cuerpo; obra en que debemos empeñarnos todos, el Estado y los particulares.

Debería obstaculizarse el matrimonio entre parientes muy cercanos. En los tiempos antiguos la consanguinidad impidió el matrimonio hasta el sexto grado; la Iglesia Católica no prohíbe los matrimonios

consanguíneos, pero, con puntos de vista eugenésicos, les pone impedimento para que ellos se efectúen lo menos posible; sin la dispensa, que otorga en casos muy excepcionales, un matrimonio entre parientes, hasta tercer grado, es nulo. Las estadísticas comprueban que los matrimonios consanguíneos producen un mayor contingente de imbéciles y sordo mudos. En nuestra especie la vitalidad disminuye por tales uniones, como disminuye por la misma causa en los animales y las plantas. Una de las causas de la mortalidad de los pollos es la consanguinidad de los reproductores. En el reino vegetal es un hecho bien comprobado que las semillas dan individuos más vigorosos si son producidos por fecundación distante, que si hubo autofecundación. Por este motivo la Naturaleza ha dispuesto, por los más variados medios (disposición de las flores, maduración heterocrona de los estambres y pistilos, viento, insectos, etc.) que la fecundación sea siempre distante.

LOS CARACTERES ADQUIRIDOS no se heredan a no ser que ellos ejerzan su influencia sobre los cromosomas de las células reproductoras del padre o la madre. Los caracteres adquiridos en la vida individual por influencias externas (accidentes del trabajo, mutilaciones, etc.), no son transmisibles a los descendientes.

La Puericultura dedica su atención a los niños para ponerlos a cubierto de los peligros de enfermedad y de muerte, pero el perfeccionamiento que obtiene en ellos, no se hereda. En cambio la Eugenesia interviene más precozmente, nó en los niños nacidos, sino en los cromosomas que han de convertirse más tarde en niños, y su obra realizada, sí es perfectamente transmisible.

LAS MEDIDAS DE EUGENESIA LEGISLATIVA que el Estado podría tomar como representante y guardián de los intereses sociales irían dirigidas a determinar quién es el más apto para dejar descendencia y a impedir el matrimonio de las personas portadoras de una enfermedad susceptible de ser transmitida al otro cónyuge o a los hijos. Un certificado pre-nupcial firmado por un médico tomaría en cuenta las taras fisiológicas nada más; en cuanto a lo moral y mental ya no sería el médico un buen juez para resolver acerca de las capacidades necesarias para el matrimonio.

Lo que más necesita el Estado es intensificar la instrucción pública, vulgarizar, por medio de conferencias, folletos y libros, los consejos higiénicos apropiados a impedir las taras morbosas o atajarlas en sus manifestaciones a fin de que desaparezcan o de que se atenúen en la descendencia. Combatir la sífilis y el alcoholismo, *las dos enfermedades hereditarias por excelencia*, es disminuir en mucho la mortalidad infantil y mejorar en parte la raza. El sífilítico que se casa en estado contagioso o insuficientemente tratado, contamina seguramente a su esposa, y la consecuencia inmediata es la mortinatalidad. Ningún sífilítico debiera contraer matrimonio antes de haber sido metódicamente tratado y *evidentemente curado*. Que el noble instinto de la reproducción no se convierta en fuente de interminables desdichas. Que el degenerado comprenda que no debería tener hijos, pues la degeneración trae consigo una mancha hereditaria, que no siempre se revela, pero que estalla cuando la persona se casa con otra igualmente maculada. Dos familias afectadas del mismo vicio patológico hereditario, no deberían enlazarse.

El fisiólogo Alexis Carrel, refiriéndose a la sífilis, dice: «En el curso de los siglos, ha destruido más hombres, familias y reinos que las más largas guerras. La desaparición del *treponema pálido* (el microorganismo causal de la sífilis) de la superficie de la tierra sería para la humanidad un suceso mejor que el desarme de todas las naciones».

La lucha contra el alcoholismo debe comenzar contra el mismo alcohol. En Costa Rica, desgraciadamente el engendramiento de hijos en estado de ebriedad es un hecho frecuente. En las ciudades y en los pueblos, todas las bodas se celebran con alcohol y es frecuente que los esposos se alcoholicen en ese día. ¡Cuántos hijos son llamados a la existencia después de un baile en el que a la excitación allí recibida se añade la del alcohol!

Los padres de familia y los maestros de escuela deberían poseer un conocimiento de los problemas relacionados con la Eugenesia. Muchas de las tendencias viciosas de nuestros niños, deben ser consideradas como enfermedades hereditarias, de las que somos nosotros más o menos responsables y nó ellos, y que no se podrían corregir violentamente.

En nuestras escuelas es frecuente observar que los primeros puestos los ocupan los niños más inteligentes; es una injusticia: se premia al que ya está premiado por herencia sin tener, talvez, mayores méritos adquiridos, y se humilla al que, por herencia también, es menos apto aunque trabaja más. Los primeros puestos deberían otorgarse a los esforzados.

Además de su influencia primordial hereditaria, la mente, como el músculo, se desarrolla y se fortalece cuando se la educa metódica y prudencialmente.

¡Cuántos niños fracasados en la escuela, talvez por culpa de sus maestros, han llegado a ser, por su esfuerzo, grandes sabios!

Resumiendo:

La Eugenesia estudia las influencias *de todo orden* capaces de actuar sobre la reproducción, con el fin de prevenir las degeneraciones y obtener el mejoramiento de la especie humana.

La Eugenesia estimula la reproducción de los fuertes, los sanos, los buenos y los espíritus superiores y condena la de los estigmatizados.

La Eugenesia asegura mejores padres a nuestros niños, con el objeto de que nazcan con mejores cualidades mentales, morales y físicas.

En esta noble campaña no han de escatimar su cooperación todos los ciudadanos, de todas las clases sociales, especialmente los maestros y los padres de familia, que tienen a su alcance múltiples ocasiones para ejercer activa vigilancia y apartar del camino del dolor a miles de seres humanos. *Asegurar la generación en las mejores condiciones posibles, es trabajar por la patria y por la raza.*

Guadalupe, Julio 1934.

¿Qué es el "Rooseveltismo"?

Apenas si hay nada que desvelar en el orden económico y financiero respecto a los principios que animan la conducción política del fascismo italiano. En el decenio, ya largo, de vigencia del fascismo, se ha escrito tanto acerca de él que nadie que sienta curiosidad por la doctrina puede encontrar dificultades para poder conocer sus orígenes y desenvolvimiento.

Nada hay que decir respecto del nacionalsocialismo alemán. Hitler trazó en la oposición un programa más político que económico y, desde luego, con tintes de populachería socialista; pero al llegar al Poder, sus preocupaciones han sido ajenas a la restauración económico-financiera alemana, y como las personalidades principales que le acompañan en la dirección de los negocios públicos y en la propaganda de Prensa atienden predominantemente a exaltaciones políticas de tipo racista, sería muy difícil encontrar, en el año ya corrido de dominación «nazi», una doctrina que pudiese suscribir cualquier aficionado a la economía.

En cambio, lo que ha sufrido menos investigaciones es lo que pasa en los Estados Unidos. Por la diferencia de psicología entre aquel país y Europa, por la distinta situación económica que en los años de la trasguerra hasta la crisis de 1929 tuvieron Norteamérica y el Viejo Continente e incluso por las concepciones que antes privaban en los Estados Unidos, llega a nosotros tan desfigurado lo que allí pasa y envuelto en tales penumbras, que muchas veces es difícil separar de la realidad ese otro espíritu, mitad leyenda y mitad «bluff», tan característico de las cosas norteamericanas.

Tiene interés por ello el libro que acaba de publicar Roberto de Saint-Jean con el título *La verdadera revolución de Roosevelt*. Por una verdadera paradoja, Roosevelt, que en su edad madura, por efecto de una cruel desgracia, adquirió una enfermedad que le obliga a estar casi siempre sentado, se presenta hoy a sus compatriotas como el símbolo del movimiento; por eso Roberto de Saint-Jean dice que el «rooseveltismo» no es una doctrina ni puede confundirse con la expresión literal del programa demócrata, sino que representa pura y simplemente una manifestación de energía, y de energía cinética.»

Según parece, el antes famoso Owen Young decía en una ocasión que el presidente norteamericano está constantemente en un balancín. Sus maniobras económicas y financieras representan un zig-zag que responde a un método personalísimo, hijo de su temperamento. Y, en efecto, cuando se va siguiendo la trayectoria de Roosevelt se observa que toda la experiencia de Roosevelt responde a impresiones del día, oscilantes como la realidad, sin sujeción a plan determinado, sin orientación que siga una trayectoria visible. Son a modo de empellones que se dan a uno y otro lado para ver si entre los factores de crisis puede abrirse paso la primera magistratura norteamericana dando codazos a diestro y siniestro.

Unas veces los agricultores son los que se levantan contra los planes del presidente; otras encuentran en sus exportaciones una ventaja por la desvaloración del dólar; dentro de los mismos agricultores hay veces en que los que se sienten satisfechos son los plantadores de algodón; otras, los de trigo. A los banqueros les niega su confianza en unas ocasiones, les atrae en otras. Lo cierto es que ya se habla menos de reconstrucción, de reforma, de reor-

ganización; el término más usado es el de «recovery», o sea curación. Roosevelt sigue el sistema de un médico que, ante un enfermo de padecimientos múltiples y no bien conocidos, ensaya receta tras receta, plan tras plan, no importándole que el de una semana sea contradictorio con el de la semana precedente. Tal vez esto explique el que los economistas no sientan una gran preocupación por seguir atentamente y desentrañar la experiencia desconcertante de Roosevelt; pero tal vez también por este concepto empírico y movidizo del «rooseveltismo» haya un archivo más considerable de hechos y de lecciones.

Una consecuencia global puede adelantarse como deducción de todo lo que se está llevando a cabo en Norteamérica. Allí hay un presidente, jefe de Estado, investido de plenos poderes legales; a esos poderes corresponde también una confianza ilimitada de la mayoría de la opinión pública, porque cualquier disgusto en un sector determinado se compensa con creces con el apoyo de todos los restantes sectores; ese hombre y esa opinión se mantienen en actividad constante, dando muestras de un dinamismo económico-financiero que no tenía precedente; la experiencia se lleva a cabo en un país de los pocos que, por su excepción, por su variedad climatológica, por sus reservas metálicas, por el poder de su Banca, por la extensión de su crédito, por su capacidad y sus hábitos mercantiles y por la capacidad adquisitiva de su gran mercado interior, se halla en condiciones de vivir una economía cerrada, de adaptarse a esa autarquía económica que es el ideal y la quintaesencia del nacionalismo... Pues bien: a pesar de todo eso, a pesar de los constantes empellones que con más o menos método—pero siempre con sometimiento dócil de la voluntad nacional al presidente

que los da—se vienen repitiendo desde hace casi año y medio, Norteamérica no observa una gran mejoría, y sus problemas son casi los mismos que eran antes. ¿Qué nos indica todo esto? El fracaso de creer que basta una voluntad, por muchas asistencias que se tengan, para modificar el juego libre de las leyes económicas. Supóngase el caso de un gran físico que quisiese cometer con los elementos de la Naturaleza el gran fraude de apartarlos del cumplimiento de las leyes que los rigen. Algo de esto es lo que ocurre con la experiencia norteamericana. Puede y debe dirigirse la libertad económica; dirigir toda la economía de una nación, por excelentes que sean las condiciones suyas y por eminentes que sean sus directores, tiene más probabilidades de riesgos que de éxitos.

Mariano Marfil.

Ahora, 23 de junio de 1934.

Pedazos de papel

El ministro de relaciones exteriores de Francia, M. Louis Barthou, acaba de terminar un triunfante viaje circular por varios países europeos. En Varsovia, Praga, Bucarest y Belgrado, se enteró, por diferentes conductos, pero con certeza, de que todos estos pueblos están unidos espontáneamente por el firme propósito de conservar sus fronteras en la forma en que están actualmente, y asimismo, de que están preparados para unir sus fuerzas en caso de que la paz se vea amenazada por una agresión.

Una invitación hecha anteriormente a Barthou por el premier Ramsay MacDonald, y aceptada después por el ministro francés, coronó su viaje de una manera inesperada.

Informados de que M. Barthou, al terminar su triunfante viaje, aceptaría la invitación que había recibido, nuestros amigos británicos se sintieron embargados de una profunda aprensión. Evidentemente, la única intención de Barthou era sacar a Inglaterra de su espléndido aislamiento y exigirle la promesa de una ayuda armada. Esta perspectiva encendió el fuego en todos los partidos británicos.

En los debates celebrados el 13 de julio en la cámara baja, después de que M. Barthou saliera de Londres, el Gobierno y la oposición compitieron en la expresión de sentimientos similares. Sir Herbert Samuel dijo:

«Nuestro país siente la más profunda antipatía hacia toda clase de alianzas con cualquiera de las otras potencias europeas.»

Y sir John Simon, secretario de relaciones exteriores de la Gran Bretaña, se expresó en los siguientes términos:

«No podemos estimular, ni alentar moralmente, ningún acuerdo con otra nación, que haga distinciones parciales en contra de un tercer país.»

Sin embargo, a pesar de que el Gobierno británico rehusó meter un dedo—aunque éste fuere el meñique—en una entente, no obstante se tratara, como se trataba, de un caso puramente defensivo, no podía oponerse por completo a un esfuerzo cuyo fin era mantener la paz.

Un distinguido miembro del partido Laborista, M. Atlee, tuvo la inspiración de mezclar en los debates la palabra mágica que les salvó el rostro: «Locarno». Dijo M. Atlee:

«Ya tenemos un tratado de Locarno en el occidente y, por consiguiente, deberíamos completarlo con otro tratado de Locarno en el oriente, teniendo

como base dichos tratados que tales acuerdos no serán dirigidos contra ninguna potencia especial, que no serán exclusivos, y que cualquiera potencia podrá formar parte de ellos.»

Sir Austin Chamberlain agregó que cualquiera potencia que tratara de evitar una cosa tan deseable para todo el mundo, y una seguridad de paz tan grande, sería digna de un desprecio imposible de describir con palabras. Aun Winston Churchill, tan diestro en romper caretas, vió en el espíritu de solidaridad y reciprocidad del tratado de Locarno uno de los principales aspectos del pacto oriental.

Nadie pudo levantar el velo, llegar al fondo de las cosas, y sacar a luz la verdad. ¿Cuál es, pues, la garantía eficaz de las fronteras francesas y belgas que se proveen en el tratado del 16 de octubre de 1921?

Si examinamos sin prejuicios el artículo iv, en el cual se estipula que Inglaterra e Italia son las potencias que garantizan el pacto en caso de una infracción, podremos ver que la intervención depende exclusivamente de que las naciones garantizadoras deseen o no deseen intervenir en la cuestión y así mismo, que todo el método de procedimiento permite a las potencias contrayentes unirse y, eventualmente, evadir juntas toda la responsabilidad—un hecho ya admitido por la cámara baja de Inglaterra.

Además, los hechos son más elocuentes que los comentarios. El artículo ii del tratado de Locarno repite las seguridades contenidas en los artículos 42 y 43 del tratado de Versalles, el cual prohíbe que Alemania erija fortificaciones y reúna tropas en la Renania. Pero el Reich no presta ninguna atención a esto. Rompe su palabra, y actúa como siempre ha actuado en este sentido. Así, pues, ¿qué ventajas tiene el tratado de Locarno? Ninguna.

Esta sombra, esta imitación, este panorama desprovisto de toda realidad, llamado hasta ahora el «Locarno Oriental», es lo que Inglaterra e Italia desean que nosotros reencarnemos.

Italia también. Sir John Simon se alegró mucho de poder informar a la cámara baja de que había recibido un mensaje en el cual el premier Mussolini, no solamente aprobaba la aceptación de esta idea de parte de Inglaterra, sino que también llamaba la atención hacia la probabilidad que estas nuevas proposiciones ofrecían para reducir y limitar los armamentos y, por inferencia, para reconocer la igualdad de derechos.

Así, pues, fuimos advertidos. No necesitábamos que se nos asegurara que el Reich, si creía que valía la pena de ponerse de acuerdo, no se pondría de acuerdo a menos que se le pagara por ello.

Sir Austin Chamberlain, hablando cándidamente, llamó la atención hacia el hecho de que la acogida que el Reich diera a la proposición sería la piedra de toque que permitiría al mundo juzgar si Alemania deseaba la seguridad o el poder excesivo. Esto nos recuerda la pregunta que hace diez meses nos hacíamos en Francia: En realidad, ¿qué es lo que quiere Alemania?

¿Qué es lo quiere? Alemania no ha perdido ninguna oportunidad para proclamarlo. Si los discursos de los oradores oficiales, si las manifestaciones belicosas, si el tratamiento bárbaro dado por los hitleristas a sus enemigos, y aun a sus amigos, no son suficientes para aclararnos las cosas, entonces es inútil esperar que pueda haber algo que logre abrir los ojos y oídos de aquellos que no quieren oír ni comprender.

Además de Alemania y Francia, las otras naciones invitadas a unirse al tratado son los Estados bálticos: Polonia, Checoslovaquia y los Soviets. La posibilidad de que Rusia se una con precedencia a su entrada a la Liga de las Naciones suscitó el entusiasmo de los laboristas ingleses. Uno de los oradores comentó:

«Es de esperar que el Gobierno dé la más calurosa acogida a estas proposiciones.»

Pero en hecho de verdad, sir John acogió con cautela esta invitación, manifestándose en los siguientes términos:

«No deseo decir que el Japón sea un enemigo del rey, ni que la Rusia del Soviet sea mi amiga predilecta»...

No es solamente en Inglaterra donde esta proposición ha sido acogida con cierta frialdad. Aquí en Francia acabamos de ver a los socialistas y comunistas unirse en cumplimiento de instrucciones recibidas de Moscú, y la unión de este frente común ha sido acompañada de actos organizados de violencia en varios lugares. Que el gobierno del Soviet mantenga relaciones diplomáticas con nosotros y que, al mismo tiempo, fomente la revolución en este país, explica nuestra inquietud, o, mejor dicho, nuestro disgusto.

Y hay otro motivo de inquietud. En un discurso pronunciado hace varios meses por el embajador polaco en Francia, M. de Chlapowski, éste no ocultó el desagrado de su gobierno—ya agriado por el pacto de las Cuatro Potencias—por los arreglos que comprenden a muchos Estados y que abarcan en sus estipulaciones una serie completa de graves problemas internacionales.

Los periódicos polacos, que no están restringidos como los diplomáticos, hablando con más precisión dijeron exactamente lo que pensaban, expresando categóricamente que «Polonia jamás podría permitir que el ejército del Soviet traspasara el territorio polaco.»

¿A qué conclusión debemos llegar? Será cierto, como declaró Anthony Eden, Guardador del Sello Privado de la Gran Bretaña, que si Francia, Alemania y Polonia firmaran otro pedazo de papel este acto introduciría un nuevo rayo de esperanza en la enturbiada situación de Europa?

Si los pedazos de papel fueran suficientes para garantizar la paz, el mundo entero podría dormir en completa calma. La guerra ha sido solemnemente proscrita. Los pactos de no agresión se suceden unos a otros. ¿Por qué, pues, no se ha disipado la inquietud universal? ¿Será porque, tanto en los negocios públicos como en los privados, los bonos sólo tienen el valor que los que los emiten se proponen que tengan, y porque lo que es serio y duradero ha de ser por necesidad profundamente cierto?

Hay un problema que domina a Europa: el statu quo o el cataclismo universal. La conservación o la revolución. ¿Será que la Rusia del Soviet no es ya más una potencia destructora cuyo único objeto ha sido esparcir la semilla de una revolución mundial? ¿Será que Alemania ha abandonado el proyecto que tan insistentemente ha venido proclamando desde que terminara la Gran Guerra? ¿Aceptaré definitivamente el estado de cosas que resultó de los tratados del 1919? ¿Es que el Anschluss no es ya un sueño cuya realización Hitler ha estado tratando de lograr por todos los medios posibles?

El horrible asesinato del canciller Dollfus que ha provocado el terror y la indignación en todos los confines del mundo, acaba de dar respuesta a esta última pregunta.

Después del trágico drama del 25 de julio en Austria, después de los asesinatos del 30 de junio en Alemania, quién puede conservar ni aun la sombra de una ilusión acerca de la Alemania de Hitler? Estos acontecimientos parecen haber abierto, por fin, los ojos a todo el mundo. El telegrama de pésame enviado por Mussolini, después del asesinato del canciller Dollfus, es muy significativo. Al denunciar a aquellos «indirectamente» responsables del crimen de Viena, el dedo del Duce señala implacablemente a Adolfo Hitler.

El hablar por más tiempo acerca de la asociación con el hitlerismo a fin de conseguir una paz internacional, parece ser un desaffo al buen sentido.

¿Qué valor positivo podría tener un tratado firmado por naciones cuya concepción de los problemas del momento es tan violentamente opuesta? Un Locarno Oriental puede ser agregado a los muchos tratados diplomáticos que han visto la luz en estos últimos diez años. Pero no logrará cambiar nada. No será más que otro tratado.

Alexandre Millerand.

(Del *Diario de Costa Rica*, 8 de agosto de 1934.)

El Cincuentenario del alumbrado eléctrico en Costa Rica

Por don Guillermo Tristán Fernández

(Ligeramente recortado.)

1884 — Agosto 9 — 1934.

Fue la República de Costa Rica, bajo la administración de don Jesús Jiménez y según el contrato firmado por el Lic. don Aniceto Esquivel, Secretario de Estado en el Despacho de Obras Públicas y Gobernación, la primera de Centro América en donde se instalaron líneas telegráficas entre los pueblos, inaugurándose este servicio el 7 de agosto de 1869, es decir, hizo ayer sesenta y cinco años. La línea telegráfica que se instaló en aquella fecha unía las ciudades de Puntarenas y Cartago, pasando por Alajuela, Heredia y San José. Este acontecimiento en el progreso de la nación, que motivó gran asombro entre los ciudadanos, ha traído en el transcurso de los años una red telegráfica que une todos los pueblos de la República, obra de gran mérito que quizá el radio haga desaparecer dentro de pocos años, pero que señaló progreso para nuestro tiempo pasado.

* * *

Si fue Costa Rica la primera entre las hermanas de Centro América que instaló las líneas telegráficas, fue también la primera que trajo el alumbrado eléctrico, gracias a los empeños del siempre recordado norteamericano Mr. Minor C. Keith, quien encontró un elemento valioso para el desarrollo de la empresa en el Ing. don Manuel V. Dengo y en don Luis Batres.

Cincuenta años se cumplirán mañana, a las 6 y 30 de la tarde, del momento en que por primera vez

la luz de Volta—como se la llamó en la época— rasgó las tinieblas y apagó la incierta luz del canfín para dominar en toda amplitud a la República, ya que son escasos los pueblos en donde no existe hoy este servicio.

Poco o mejor dicho, nada, nos dicen los diarios de la época que hemos consultado para formular estas líneas. Alguna que otra gacetilla, un artículo violento de algún «liberal» que quiso unir este acontecimiento de progreso al de la expulsión de los jesuitas y del señor Obispo Thiel y al de la secularización de los cementerios y demás leyes dictadas por el Congreso Constitucional, de 18, 19 y 22 de julio del mismo año, que fueron sancionadas y ejecutadas por el entonces señor Presidente de la República General don Próspero Fernández.

* * *

La instalación de la primera planta eléctrica en Costa Rica fue una de las obras titánicas de la época. El material fue importado de los Estados Unidos, y el dinamo no era de una gran capacidad; apenas daba fuerza para unas 25 lámparas de las llamadas de carbón.

Aportó el capital que se invertía en la obra el ya citado empresario Mr. Minor C. Keith, e instaló la planta el ingeniero don Manuel Dengo, quien con gran empeño había seguido el curso del progreso eléctrico desde que de él se tuvo noticia en Costa Rica. Le auxilió en el trabajo don Luis Batres. Reproducimos una fotografía del edificio en donde se instaló el primer dinamo, tras el Molino Victoria, aprovechando para impulsar la turbina el sobrante del agua de la cañería.

* * *

Las lámparas instaladas hace cincuenta años eran muy distintas de las actuales: eran de carbón, el que se cambiaba diariamente por un empleado, estando protegidas por un globo de cristal y por un sombrero de latón negro contra la lluvia; estas lámparas estaban colocadas en postes de madera rústica, pintados de rojo y con gruesos clavos que servían de escalera para el empleado que subía a cambiar los carbones.

Se nos informa que las primeras lámparas estaban colocadas así: esquina Sur del actual edificio de Correos, esquina del hoy edificio del Banco Internacional, frente de la actual Comandancia de Plaza (en aquella época Casa Presidencial), esquina de la hoy ferretería Rodríguez, esquina de la hoy sombrerería de Aymerich, esquinas del hoy Parque Central (las cuatro), esquina de la hoy Iglesia del Carmen y luégo—siguiendo la antigua Avenida de las Damas, (hoy Calle de la Estación) hasta la llamada Laguna, que son en la actualidad los Parques de Morazán—en la esquina del hoy registro de Estado Civil (antigua casa del doctor don Carlos Durán) y en la esquina de la actual Librería Alsina, de donde seguían los alambres en postes de madera sin labrar, hacia la planta. Este dato lo hemos recogido por tradición.

* * *

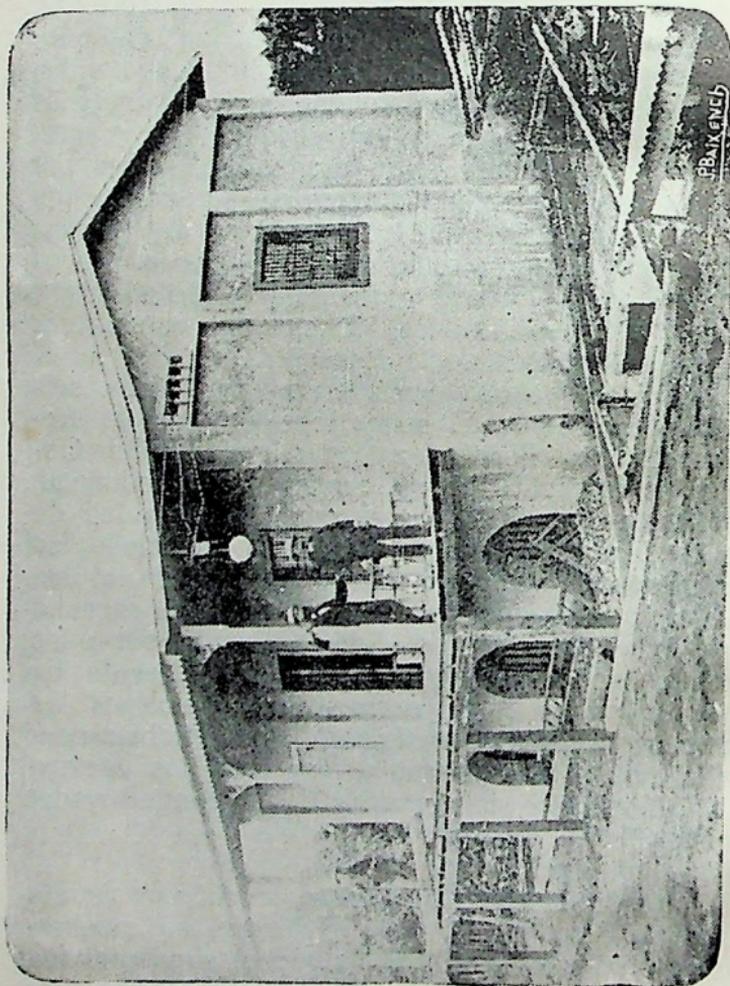
La ciudad ardía en anhelos; se anunciaba una maravilla; quizá con el mismo entusiasmo con que nosotros hemos visto iniciarse las maravillas actuales, las gentes de 1884 iban a ver la obra que se anunciaba. Eran frecuentes las visitas al lugar en donde se instalaba la planta y se recorría con entusiasmo el trecho en que estaban tendidos los alambres. Por fin llegó el anunciado 9 de agosto y

a la ciudad afluyeron vecinos de los lugares circunvecinos y seguramente de las ciudades de Cartago, Heredia y Alajuela. El acontecimiento no era para menos. Fueron desapareciendo las claridades del día, entraban las sombras de la noche, se contaban los minutos, había una grande expectación. Los empresarios Dengo y Batres, muy seguros de la obra por haberla ensayado en una madrugada anterior, esperaban el momento en que sorprenderían al público. Avanzaba el tiempo y bajo cada uno de los focos instalados en la ciudad, gran número de curiosos, hombres, mujeres, ancianos, niños, todos querían ser testigos presenciales de la maravilla.

El reloj del Palacio Presidencial marcó las seis y media de la tarde. El señor Presidente de la República, General Fernández, los miembros del Gobierno, la familia y las personas de la intimidad, ocupaban los balcones. De pronto, la oscuridad de aquellos lugares en donde se habían instalado los focos primeros, se rasgó con los rayos de la luz de Volta y una ensordecedora gritería se escuchó en las calles de la ciudad. Salió la banda por ellas ejecutando sonoras marchas, y las campanas de los templos, a pesar de encontrarse de duelo por los acontecimientos político-religiosos que se habían consumado días antes, sonaron a manos de los vecinos que invadieron los campanarios de la Merced y del Carmen.

Júbilo general...

Al día siguiente, 10 de agosto, se dió una retreta al General Fernández y a su Gabinete, en celebración del acontecimiento. En las noches siguientes fue costumbre de la gente salir de paseo para admirar la maravilla.



Edificio situado en lo alto de la ciudad, en donde hoy se encuentra una de las fábricas de hielo, en donde se instaló por los señores Dengo y Batres la primera planta que dió alumbrado eléctrico en Costa Rica, la noche del 9 de agosto de 1881. Aparecen bajo la lámpara, en el extremo del corredor, el Ing. Dengo y el señor Batres.

Retrocedamos ahora a los tiempos anteriores, cuando la ciudad se alumbraba con débiles lámparas de canfín, colocadas a distancias de cincuenta varas, ya en postes de hierro, ya en brazos colgados de las esquinas de las casas, alumbrado que fue inaugurado como un gran acontecimiento la noche del 14 de julio de 1851, por el gobierno de don Juanito Mora.

En los tiempos antes de esta fecha, cada vecino se procuraba su alumbrado y el viajero portaba una linterna; el comerciante la ponía en la portada de su establecimiento; la hostería anunciaba los «tamales y el mondongo» con grandes linternas en que se leían estas palabras.

* * *

Hoy, la República entera está brillantemente iluminada por la fuerza eléctrica. Es progreso que se desarrolló rápidamente y que está también ligado a nuestras industrias y comercio. El país tiene la riqueza inestimable de sus ríos que, contenidos por grandes presas, impulsan los enormes dinamos que traen el agente de actividad durante el día y la luz durante las noches.

8 de agosto de 1934.

Sobre el voto secreto

Me parece una aberración tener como signo de progreso el hecho de haberse adoptado en nuestro país desde hace algunos años, para las elecciones del Presidente de la República, de los Diputados, etc., el sistema de votación secreta, furtiva, favorable a la doblez.

El voto secreto corre parejas con el anónimo.

Es impropio de los actos de la vida pública, en las democracias especialmente, el secreto. El acto de votar no sólo es un acto de la vida pública, sino también el ejercicio de una función correspondiente a los ciudadanos y que, por consiguiente, debe sujetarse a la censura pública. Por lo mismo es indebido el uso de bolas blancas y negras para las decisiones de las corporaciones públicas, los tribunales de exámenes inclusive.

Con el secreto se trata de eludir la responsabilidad y aun de hacer que la que a uno debería atribuírsele se le atribuya a otro.

La experiencia hará que los que de buena fe son en la actualidad partidarios del sistema expresado, abominen de él más adelante.

Lo cierto es que el voto secreto favorece la cobardía y la deslealtad. Por mi parte poca importancia doy a las circunstancias del momento. Lo que estimo de gravedad son las consecuencias que precisamente respecto a los débiles y los ignorantes tendrán el disimulo y la traición si por muchos años se mantuviere el sistema establecido.

Es muy natural que las personas incapaces por sus condiciones, de formarse juicio acerca de los asuntos de interés público, se atengan, ya que se les confiere la facultad de votar, al juicio de quienes les ayudan a vivir, ya proporcionándoles trabajo remunerado, ya facilitándoles recursos, ya socorriéndolos en sus necesidades, o cuando menos dirigiéndolos en sus negocios particulares, o siquiera consolándolos en sus aflicciones.

Es claro que esa influencia no convendrá en muchos casos a los políticos que durante las campañas electorales fingen interesarse por la suerte de las personas más insignificantes, como fingen amis-

tades cordialísimas hasta con personas a las cuales en su interior desprecian, amistades que se desvanecen naturalmente apenas terminada la campaña.

No concibo cómo un hombre de buen fondo moral pueda quedar en paz con su consciencia después de votar por bandos o partidos que persigan el daño de quien le ha hecho el bien, so pretexto de principios que no tiene.

Nadie ignora que la hipocresía encubre en todas las formas posibles las mayores ruindades y aun se esfuerza en presentarlas como virtudes; llega hasta invocar la libertad de opinar cuando lo que hay es una canallada.

Lo que de veras es moralmente dañoso es que la ley pueda servir para que los hipócritas y los traidores, sin comprometerse, den su voto aunque sea con el fin de realizar los planes más odiosos e inicuos.

Alfonso Jiménez.

San José de C. R., 9 de agosto de 1934.

Del diputado y periodista don Otilio Ulate

(“La Prensa Libre”, 9 de agosto de 1934.)

Tengo la convicción de que lo que hay de independencia y de amplitud de criterio en la prensa costarricense, se le debe al comercio nacional. Lo digo por mi experiencia de muchos años en el oficio.

Entre nosotros, cuesta producir el ejemplar de un diario más de lo que el suscriptor paga por él, de modo que si se procura extender la circulación, es tan sólo en cuanto ella implica la atracción del anuncio; pero es exclusivamente el comercio, con el

anuncio, el que da la vida económica de las empresas. Sin embargo, nunca que yo sepa, ha ejercido imposición o presión sobre ellas a fin de orientarlas en un sentido determinado. Cuando oigo hablar en frases sonoras de la independencia de nuestros periódicos, me acuerdo de que ésta tiene, en la realidad, muchas limitaciones. Las tiene respecto a los poderes públicos, porque si el periódico los juzga con libertad de criterio, pierde el reportaje presidencial o se le cierra la fuente ministerial de las informaciones; de donde resulta que entre nosotros, la prensa se ha oficializado, hasta el punto de llegar a ser enteramente anodina. Está limitada también esta independencia en las relaciones con los demás sectores de la actividad general. Sólo el comercio, que es la columna vertebral de nuestra prensa, no le pone condiciones ni trata de fijarle criterios.

Recientemente, tuve ocasión de oír en Panamá, de labios de los propios empresarios editoriales, que allá la orientación de los diarios se dirige en el sentido que le imprime el comercio anunciador; de tal suerte que antes de aventurarse a emitir opiniones, el director o el editorialista tiene que consultar con el departamento de anuncios el sentido de un pronunciamiento. Aquí nó. Ni una sola vez que yo me acuerde, el comercio trató de hacer prevalecer su criterio. Y no se me ocurrió nunca que antes de opinar sobre cualquier asunto público hubiese necesidad de pulsar el sentimiento del comerciante anunciador. Con esta convicción, mi propio criterio acerca de la justicia del asunto que se discute y un sentimiento de gratitud hacia el comercio del país, me mueven a interesarme, en la escasa medida que esté a mi alcance, en favor de este movimiento. Personalidades de reconocida influencia en la marcha de

los negocios públicos o en el estudio de las finanzas mantienen entre nosotros, sistemáticamente, una campaña de persecución contra el comercio, que ha venido a ser el cordero pascual que paga todos los pecados y a quedar en el concepto de algunos como el parásito que aniquila el árbol fecundo de nuestra producción. Para mí, por el contrario, el comercio es intermediario indispensable y el mejor cooperador de nuestra producción.

Si a esto se agrega que, como lo dije al principio, contribuye a la independencia de la prensa en mayor medida que cualquier otro grupo oficial y alimenta la fuente principal de las rentas públicas, hemos de concluir en que merece nuestro apoyo ahora que, en una de las situaciones de mayor congoja por que ha atravesado, quiere que esto de la patente nacional se arregle conforme a la justicia.

Donaciones verbales

Por Alfonso Jiménez Rojas

El artículo 1397 de nuestro Código Civil es uno de los que necesitan ser reformados.

La redacción que se dió a dicho artículo, se ha prestado y presta para sustentar la opinión de que precisa hacer constar en escritura pública las donaciones de bienes muebles cuyo valor pase de doscientos cincuenta pesos, hoy colones, para que sean valederas, aunque haya habido entrega de las cosas donadas.

Hé aquí el texto del artículo 1397:

«La donación verbal sólo se admite cuando ha habido tradición y cuando se trate de bienes muebles cuyo valor no pase de doscientos cincuenta pesos.

La de muebles cuyo valor exceda de esa suma y la de inmuebles debe hacerse en escritura pública; faltando ese requisito, la donación es absolutamente nula.»

Es manifiesto que en la primera parte del expresado artículo, se dispone que no se admite la donación verbal, o sea, la que se hace con solas palabras, o de modo oral, sino en los casos siguientes: 1.º, cuando ha habido tradición o entrega efectiva de los bienes donados, sin distinguirse entre muebles e inmuebles; 2.º, cuando se trate de bienes muebles cuyo valor no pase de doscientos cincuenta pesos. Y que, después, en párrafo separado, se establece en el artículo el requisito imprescindible de la escritura pública para los dos casos de donación siguientes: 1.º, para la de bienes muebles cuyo valor exceda de doscientos cincuenta pesos, sin decirse nada respecto a tradición; y 2.º, para la de bienes inmuebles, sea cual fuere el valor de ellos, se entiende.

Dije en otro trabajo sobre la misma materia (revista *Reproducción*, N.º 121 de 15 de febrero de 1925), que no es posible razonablemente unir la disposición del caso 1.º con la del 2.º de la primera parte del artículo 1397, y que, dada la disposición terminante en cuanto a admisión de la donación verbal en el caso de que haya habido entrega de lo donado, hay que determinar el sentido de esa disposición de manera que esté en armonía, como tiene que estar, con la no menos terminante del párrafo segundo del artículo dicho, referente a la donación de muebles cuyo valor exceda de doscientos cincuenta pesos.

En mi referido trabajo anterior reproduce en su mayor parte las luminosas razones expuestas por un

reputado jurisconsulto y profesor de derecho costarricense, para concluir que el artículo 1397 ha de entenderse así: «la donación verbal es válida, primero, cuando ha habido tradición; segundo, cuando se trate de bienes muebles cuyo valor no pase de doscientos cincuenta pesos; y requiere escritura pública cuando se trate de muebles cuyo valor exceda de esa suma y no haya habido tradición, o de inmuebles».

Tal como se halla el artículo 1397 desde el año de 1888, podría haber sido un semillero de litigios. Si no ha originado todos los que hubiera podido producir, es porque dichosamente han prevalecido por punto general las ideas corrientes sobre donaciones.

Espectáculo curioso sería el que dieran los donantes de bienes muebles por valor de más de doscientos cincuenta pesos o colones, pidiendo en juicio ordinario la devolución de los bienes donados y entregados a los donatarios, por no haberse hecho constar la donación en escritura pública, como no se acostumbra en el país hacerlo.

El triunfo del sentido común

—La teoría de la relatividad de Einstein es un conjunto de cosas, evidentes unas, pero sabidas desde hace muchísimos años; oscuras otras, desconcertantes, incomprensibles. Para quienes somos naturalistas antes que matemáticos y buscamos por consiguiente en la fisiología la explicación de todas nuestras nociones, era un tormento indecible el que se nos obligara a confundir en nuestras ecuaciones el *espacio* y el *tiempo*. No ya un tormento, sufríamos una anonadación completa cuando se nos presentaba como consecuencia de la teoría de la relatividad un

rompecabezas como el que sigue: «Para un hombre que viajara a través del espacio montado sobre un rayo de luz, dos años no serían dos años. Habría cenado sólo 730 veces (2×365), pero al volver no encontraría en la tierra sino a los hijos de los hijos de los hijos de los hijos de sus nietos.»

Y bien—alégrense los amigos de la claridad—según las noticias que leo en *Le Matin* del 13 de julio y que traduzco aquí, la teoría de Einstein se ha derrumbado. Ya no tendré que darles una idea de ella a los jóvenes a quienes hice el ofrecimiento. Miller, discípulo de Michelson, ha hecho en los Estados Unidos 200.000 experimentos según el método de Michelson, mientras Esclangon, director del Observatorio de París, hacía otros según otro método, más simple, y el resultado de estas dos series independientes de experimentos es que el famoso y capital experimento de Michelson relativo a la velocidad de la luz fue erróneo y que, como consecuencia, es falso el principio llamado de la *invarianza de la velocidad de la luz*, base de la teoría de Einstein. Lo que sigue es traducción abreviada.

Para comprender cuál es la base esencial de la *relatividad de Einstein*, imaginémosnos un navío anclado que lanza un proyectil hacia otro navío igualmente inmóvil, en el cual se va a medir la velocidad del proyectil mediante dos mamparas, colocadas la una tras de la otra, a cierta distancia, para que sean perforadas sucesivamente por el proyectil.

La velocidad del proyectil se mide comparando la distancia entre las dos mamparas y el tiempo que transcurre entre la perforación de la primera y la perforación de la segunda. La velocidad obtenida se llama *velocidad absoluta*.

Si el segundo navío del ejemplo en vez de permanecer quieto, se aleja huyendo del proyectil, por decirlo así, la velocidad medida se llama *relativa* y es inferior a la velocidad absoluta. Si al contrario, el segundo navío avanza al encuentro del proyectil, la velocidad relativa de éste es superior a la absoluta.

La luz puede ser comparada con un proyectil. Si es emitida por un foco terrestre, su velocidad absoluta, medida entre dos mamparas, es de 300.000 kilómetros por segundo. Si es emitida, por el sol, como la tierra se mueve sobre la eclíptica a razón de 30 kilómetros por segundo, la velocidad relativa de la luz debería ser la velocidad absoluta disminuida o aumentada de 30 kilómetros, según que la luz es dirigida en el sentido de traslación de la tierra o en sentido opuesto. Ahora bien, Michelson encontró que no había diferencia entre la velocidad absoluta y la velocidad relativa de la luz respecto a la tierra en movimiento, en tanto que los nuevos experimentos acaban de probar lo contrario.

El principio de la «invarianza de la luz» y la teoría de Einstein, en lo que tenía de nuevo, se vienen al suelo.

e. j. r.

Acerca de la teoría de Einstein

«Ningún experimento puramente terrestre, sin señales o puntos fijos de comparación exteriores, puede manifestar la translación de la Tierra.» Este es el postulado de Einstein, extrapolación natural pero aventurada del resultado dudoso de Michelson. Sobre su postulado, Einstein ha hecho cálculos partiendo del cambio de variables de la célebre transformación de Lorentz.

La audacia de su genio ha dado a sus fórmulas interpretaciones físicas, sin temor de herir la ciencia admitida. Echó abajo la mecánica de Galileo, y hasta los conceptos de Tiempo y de Espacio.

Cuanto más chocaban sus conclusiones con el sentido común, mayor era el entusiasmo con que eran recibidas. Salvo raras excepciones, los geómetras más eminentes, seguidos por los maestros de la física, han arrastrado a la gran masa hacia la doctrina nueva. El hundimiento de la escuela de Fresnel, la audacia, la novedad de la teoría, su vigor matemático, la gran inteligencia del autor, su encanto personal, fueron las causas de un éxito inaudito.

¿Habrà que agregar a esas causas el nombre mismo de *Relatividad* que, a despecho de su antigua acepción, sirvió para designar la teoría nueva?

Admirada de tal fortuna efímera, ¿no juzgará la posteridad que la Relatividad hizo por un momento devolverse a la ciencia el tanto de tres siglos?

E. Carvallo.

14 de julio de 1934,
Revue Scientifique.

Director honorario de estudios en
la Escuela Politécnica de Francia.

Variedades

Los hombres eminentes pueden darse cuenta de su valer y preponderancia sobre el resto de la humanidad, pero son siempre los primeros en reconocer el mérito de los otros hombres notables, y, debido al alto concepto que tienen del arte, de la ciencia, de la administración pública, juzgan, invariablemente, que no han alcanzado su ideal de perfeccionamiento.

Es muy interesante el hecho de que Shakespeare,

el mayor genio literario, nunca reveló en su manera de conducirse ninguna actitud de superioridad. Bach, que puede considerarse tan eminente en música como Shakespeare en literatura, creyó siempre que Haendel era un compositor de más méritos que él; Rafael, el gran pintor, se condujo siempre con tal sencillez que parecía no darse cuenta de que varias centurias de evolución artística habían cristalizado en él. Mozart, Schuman, Schubert, Faraday, Darwin, Pasteur, Tolstoy, Julio César, Marco Aurelio, Nelson, todos, obraron y se condujeron siempre con admirable modestia y con tal espíritu de camaradería, que raramente se podría encontrar igual en el más pequeño empleado de oficina.

A. A. Roback

* * *

La gente, la sociedad, tiende cada vez más a aplastar a los individuos, y el día que pase esto habrá matado la gallina de los huevos de oro, porque sólo los individuos crean. En vez de divinizar lo colectivo, lo más importante sería que Europa, así como ha creado tan maravillosas técnicas para dominar a la naturaleza material, supiese tratar parejamente a la naturaleza social y crease unos límites que permitiesen someter las fuerzas elementales de lo colectivo a la voluntad del hombre responsable.

(Mayo de 1934)

J. Ortega y Gasset

* * *

El Japón parece ser el país llamado a salvar la cultura.

Andrés Viollis acaba de publicar un libro intitolado *Le Japon intime*, del cual tomamos los datos siguientes:

En ninguna parte del globo se presta tanta atención a los cuidados corporales como en el Japón. La limpieza de los japoneses es de origen religioso. El sintoísmo prescribe las abluciones repetidas. El hecho es que los japoneses, pobres o ricos, se bañan hasta cuatro veces al día. Los baños preferidos son los baños calientes, de 42 a 45 grados. Las tertulias más gustadas por los jóvenes, de uno y otro sexo, tienen lugar en verdaderas hermosas piscinas.

Quien no dispone siquiera de una tina va a un establecimiento de baños. Tokio cuenta no menos de 1,100 de estos establecimientos, en donde se sirven, por término medio, 500,000 baños por día.

Las poblaciones costeñas se puede afirmar que son de anfibios, tal es la frecuencia con que pasan de la tierra al agua.

La natación es uno de los grandes deportes nacionales japoneses.

* * *

Según la estadística oficial del Banco federal de los Estados Unidos, la producción mundial de oro en 1933 llegó a 495 millones de dólares. Ahora bien, Charles Rist, famoso experto monetario, señala el hecho de que 450 de estos millones fueron a esconderse, asustados por el desorden que han creado en todo el globo los *directores de la economía*. En efecto, sumando las reservas metálicas de los bancos de emisión de los 49 principales países, se encuentra que su stock de oro no aumentó sino en 45 millones de dólares, el mismo año 1933.

* * *

Habiendo suprimido los harenes, Mustafa Kemal ha creado una penosa situación a los eunucos turcos. No hallan colocación ni quieren volver a Abi-

sinia, de donde proceden la mayor parte. Un psiquiatra turco famoso, el Dr. Madjar Osman Bey, se ha dedicado a estudiarlos, con el fin de descubrir sus aptitudes. El resultado del estudio ha sido desfavorable. El eunuco completo es un histérico rematado. La menor contrariedad lo hace llorar. Le gustan los trajes vistosos, los afeites y las alhajas. En cambio no es rencoroso, olvida el mal que se le ha hecho; es muy fiel hacia quien lo emplea y se apega como un gato a la casa en que habita. Cosa más extraña todavía: el eunuco es bastante a menudo víctima del amor romántico, que lo hace consumirse a causa de la pasión imposible que le inspira una mujer.

(Ver *l'en dehors*, 15 de julio 1934).

* * *

Cuando alguien me propone un trato y me advierte que él busca su interés, me inspira más confianza que si me dijera lo contrario: que lo hace por mí.

Cuando los hombres se asocian para su personal ventaja, pensando cada uno en sí mismo, pero calculando bien todos los intereses, los llamados económicos y los llamados morales, la asociación resulta beneficiosa necesariamente, pues los intereses de los hombres, bien mirados, coinciden siempre. En buena sociedad, el hombre aumenta sus potencias y, consiguientemente, su bienestar.

Cuando se intenta al contrario realizar una fórmula social con la pretensión de lograr la prosperidad del *conjunto* pasando por encima de los derechos de las unidades, se llega al fracaso: la sociedad se desmoraliza y se disuelve.

El individualismo o liberalismo es esencialmente

social. El socialismo o colectivismo—¡ojiga Ud.!—es antisocial por excelencia.

* * *

Hay cosas que conviene recalcarlas.

Tratándose de un mal como la tuberculosis, que nos tiene asediados, cualquier hijo de vecino puede tener su opinión, si es mayor de cincuenta años y es buen observador. Sírvase, pues, reflexionar, señor lector.

La opinión académica ha vuelto a dividirse, al cabo de cuarenta años de correr parejamente en contra de la opinión de los viejos maestros muertos. Hay hoy un pequeño grupo de biólogos y de médicos que sostienen otra vez que la tuberculosis sí es hereditaria y que se propaga sobre todo por herencia. Son pocos, pero se apoyan en consideraciones de indiscutible valor y en observaciones prolijamente repetidas. El hecho es que los bacilos de la tuberculosis pierden su vitalidad fuera del organismo y que el contagio de la tuberculosis exige muy especiales circunstancias para poder efectuarse; tanto, que no merece el problema del contagio una gran preocupación de parte del higienista.

La herencia es lo capital. El dilema frente al niño tuberculoso, es cruelmente este: ¿Lo dejamos morirse buenamente o procuramos conservarlo? Si lo conservamos, hacemos posible su futura reproducción. ¿Estamos seguros de que podemos hacer que esta reproducción no sea perjudicial? ¿El hombre aparentemente sano que proviene de un niño tuberculoso, da hijos tuberculosos, sí o nó? Entre las personas entendidas, hay una mayoría que a esta pregunta responde: nó, pero hay una minoría nada despreciable que responde: sí.

* * *

Francia ha mirado casi siempre con ojos serviles hacia los Estados Unidos. De ahí que la visión francesa de aquel país haya sido hasta ahora adrede lisonjera. Como los Estados Unidos le han pagado con la moneda del desdén, y aun con otras monedas peores—la amenaza inclusive—, Francia, después de haber buscado en política, sin encontrarlos, todos los acuerdos posibles, reacciona tanto en política como en literatura; Briand, entre los hombres de Estado, y Duhamel, entre los hombres de letras, sacan buena la afirmación. Porque nadie supondrá que el proyecto de Briand sobre los Estados Unidos de Europa fuese un ramo de flores ofrecido a Yanqui-landia. Era en efecto, una reacción contra la influencia roja de la Rusia soviética, por una parte, y por otra parte, contra la dictadura económica que los Estados Unidos ejercen en Europa.

Duhamel, en sus *Escenas de la vida futura*, ve a los Estados Unidos como son, y trata de ellos con pluma veraz. Lo más importante de su obra es la reacción de su temperamento y su espíritu ante el maquinismo y la vida estandarizada de los Estados Unidos.

Duhamel coincide, sin proponérselo, y aun quizá ignorándolo, con cuanto venimos escribiendo y diciendo de los Estados Unidos los latinoamericanos.

Coincide en lo esencial, naturalmente. En advertir que el individualismo repugna al espíritu gregario de la comunidad estadounidense; en considerar excesiva la acción que ejerce allí el Estado sobre la persona humana; en comprender abominable el imperio del mecanicismo sobre las potencias, gracias y libertades del espíritu.

Tanto Duhamel como nosotros—españoles e hispanoamericanos—pertenece-mos a razas más idealistas que la yanqui, y en el fondo, mucho más cultas y con mayores exigencias de espíritu; tenemos idea más noble de la personalidad humana y somos de otra formación mental. ¿Qué mucho que no nos deslumbre la civilización maquinista ni nos seduzca el espectáculo, no ya del Estado sobre el individuo, sino del individuo anulado en absoluto por el Estado?

Precisamente pensamos lo contrario: pensamos que hay que salvar el alma individual, no en el sentido de las religiones, sino en el sentido de concederle lo que es suyo: el derecho a ser cada vez más ella misma y cada vez mejor.

Lo injusto o deficiente del socialismo, por lo menos, en apariencia, es eso: que el hombre, entidad sublime y distinta, desaparece convertido en masa. Lo absurdo del socialismo es su odio al intelectual. Nó; el hombre, por lo menos el hombre logrado, el hombre superior, no puede ni debe transformarse en cifra. El alma de Vinci, de Goethe, no es un guarismo. Un pueblo entero se salva porque produce pocas docenas de individuos; y la civilización mecánica está muy bien en un puesto secundario, sin pretender anular al hombre, y siempre que no atente contra el espíritu.

R. Blanco Fombona.

Julio 1934.

* * *

A pesar de toda clase de peligros, Francia es la única nación de Europa que ha conservado un sistema de gobierno parlamentario. Hace tres años exclamaba yo: «A Dios gracias existe todavía un ejército francés». Y bien, sin sus valientes bayonetas, la

paz de Europa se habría acabado. Deberíamos los ingleses felicitarnos de ver que la Francia no ha escuchado los consejos de M. Mac Donald y de Sir John Simon, que querían que ella redujera su ejército. ¿Dónde estaría hoy Francia, qué habría sido de nosotros mismos si ella hubiera seguido esos consejos insensatos?

Winston Churchill

7 de julio 1934.

* * *

En un artículo publicado en *Le Matin* (el 11 de julio), C. Autran, de la Sociedad Lingüística de París, demuestra de manera convincente lo poco o nada que la obra de Marx representa en la organización actual de la Rusia colectivista. Como la India tiende naturalmente hacia el brahmanismo y el régimen de las castas, así el eslavo (*sclavus*, siervo) tiende espontáneamente hacia el colectivismo. Desde sus primeras manifestaciones en Europa (siglos II y VII) se manifiestan en las organizaciones eslavas el predominio de la unidad económica sobre la unidad moral, la subordinación del individuo al grupo, la hostilidad de la comunidad contra la propiedad individual, la idea de la igualdad teórica de los trabajadores, la falta del sentido de la libertad personal.

Por temperamento hereditario, pues, tienden los eslavos a formar colectividades inestables, ya que sin individualismo vigoroso no ha habido ni puede haber asociación política fuerte y próspera.

* * *

La fuerza puede algo, pero, en general, más para destruir que para construir.

Oliveira Salazar

(Julio de 1934.)

* * *

El mundo comienza a dirigir sus miradas hacia el extraordinario gobernante de Portugal: Oliveira Salazar, «el dictador del silencio»; «un místico dedicado a dos infinitos: Dios y las cifras»; «el hombre menos teatral del mundo»; de aspecto dulce, casi femenino, pero de imponente profundidad; *que estudia en la duda y realiza en la fe* (estas son palabras suyas), sin fiarse mucho de la casualidad y de las improvisaciones; que sufriendo la influencia que sufren todos los hombres de su edad, ve con lentes de aumento los errores cometidos por la economía liberal y dice sin embargo: «Temo solamente que, por una violenta reacción contra los excesos de esa economía, no se vaya a caer en otros excesos que no le sean socialmente preferibles.»

Aquí van una pregunta oportuna y una excelente respuesta. La pregunta la hace un redactor de *L'Illustration*; la respuesta es de Oliveira Salazar (julio de 1934):

—El ejercicio del poder, Excelencia, ¿ha modificado vuestras ideas filosóficas y sociales?

—No lo creo... Nó... Las ha quizás completado y ciertamente les ha dado más vida. El ejercicio del poder no hace más que confirmar una gran parte de las verdades adquiridas mediante otras experiencias. El mundo es bastante viejo y los hombres cambian bastante poco. Esto no quiere decir que no existan problemas nuevos o diferentes; lo que quiere decir es que los principios de que dispone la humanidad para resolver tales problemas son relativamente poco numerosos y que una verdad y un error son, en todo tiempo, una verdad y un error.

* * *

La lista de los agentes de guerra ha venido alargándose y perfeccionándose: productos lacrimógenos o lagrimantes, explosivos, bombas venenosas, bombas incendiarias, etc. El último renglón lo ocupan los diversos medios que se han ideado para la difusión de microbios patógenos en los campamentos y entre la población no militar.

Según lo declaran los entendidos, no hay que ponerse a temblar de miedo ante la guerra microbiana. Los microbios no obedecen a los hombres. Los contagios no se producen tan fácilmente como se creía hace algunos años. Para que un contagio se efectúe, tienen que llenarse varias condiciones, relativas unas a los microbios mismos, y otras a las circunstancias atmosféricas, a la presencia de organismos que puedan servir de intermediarios y, sobre todo, a la *receptividad* de las personas que se quisiera atacar.

* * *

En Europa la doctrina liberal ha sido humillada; en América se ha convertido en un apremiante problema.

Los Estados Unidos se encuentran ante un dilema que ha sido planteado en los términos más sencillos. Según el ministro Wallace, la nación tiene que decidir si, por necesidad económica, ha de abandonar o no ciertas libertades. En el Viejo Mundo el liberalismo ha sido en gran parte abandonado. ¿Se ha vuelto imposible el liberalismo en América?

Para los sobrevivientes del siglo xix que viven en el xx, hay palpable diferencia del uno al otro, no sólo en las maneras y costumbres, no sólo en las cosas mecánicas, sino también en el aire que se respira. El liberalismo, como una animosa afirmación de los derechos del hombre y como un reto valiente

a las tribulaciones humanas, ha sido el puro ozono que ha estimulado el progreso de la raza.

Así comienza un artículo de P. W. Wilson, en *The New York Times Magazine* del 11 de marzo, en el cual se exponen los beneficios del liberalismo y los paradójicos ataques de que es blanco en la actualidad. Copio otros tres trozos:

El liberalismo es una carta de libertad para el individuo, es una carta aplicable a todos los gobiernos, sea cual fuere la forma que tomen. Según esta carta, hay asuntos de consciencia, de opinión, de costumbre, de educación, de viaje, de recreo, en los cuales el ciudadano tiene el derecho y el deber de ser su propio amo.

Hay dos grandes cosas que son esenciales al bienestar de la humanidad: la paz y la prosperidad. Ninguna forma de gobierno que haga imposible la paz e inalcanzable la prosperidad, puede ser considerada como un triunfo. Si Europa se desliza hoy nuevamente al borde del precipicio de la guerra—según lo piensan algunos—, esta es la pena que debe sufrir por haber combatido y deshecho el movimiento liberal.

Para el liberal es inconcebible que la presente reacción en Europa sea la última palabra en la fórmula de la civilización. El miedo a la opinión pública, por parte de los dictadores, demuestra que la humillación del liberalismo puede que no sea, después de todo, más que una fase pasajera. Hay ciertas realidades que no pueden ser suprimidas: entre ellas está la individualidad de los individuos.

* * *

Entre el liberalismo y la cultura hay una relación recíproca de causa a efecto: el liberalismo es causa de la cultura y la cultura conduce al liberalismo.

La obra "educacional": poniendo un huevo de gallina

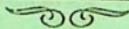
En una escuela—de esas que tan poco caso hacen de la instrucción—dijo el Director a los alumnos que jugaran a imitar a los animales, y, para dar ejemplo, se puso él a rebuznar y las maestras a monear, mientras el inspector se paseaba a lo chompipe. Pronto los chiquillos`estuvieron todos muy ocupados: corrían unos como caballos, gruñían otros como cerdos; los de aquí embestían como toros; los de allá daban vueltas de carnero. En suma, cada muchacho trataba de imitar a algún animal. Solamente uno, llamado Felipe, se estaba muy quieto, en cuclillas, en un rincón. Una de las maestras, la «niña Susanita», no bien alcanza a verlo, acude a decirle: «¿Qué es eso, Pipe, qué hace Ud? ¿Por qué no juega? ¿está enfermo?»

«¡Pst!, responde Pipe, ¡no me espante! Soy una gallina que está poniendo un huevo.»

Reedy's Mirror
(Número viejo.)



Estos cuadernos se reparten
gratuitamente en la oficina del
Director.



106481

IMPRESA ALSINA

Juan Arina R.